

TIRANT LO BLANCH Y LOS LIBROS DE CABALLERIAS:  
EN TORNO AL “DISCURSO PRELIMINAR” DE PASCUAL DE GAYANGOS

Por Rafael M. Mérida

Parece asunto poco discutible que la investigación de los libros de caballerías se ha visto poderosamente influida hasta fechas recientes por los juicios que emitieron en su día un cura y un barbero en la magna obra cervantina, pues desde el momento en que nace la exégesis en torno al *Quijote* aquellos textos merecieron casi los mismos reproches y alabanzas que obtuvieron por boca de ambos personajes.<sup>1</sup> Desde otra perspectiva, más benévola —o simplemente más atinada—, tal vez debiera recordarse que gracias a estos comentarios aquellas ficciones, que gozaron de una difusión inusitada a lo largo del siglo XVI, no durmieron el sueño de los justos, sino que, de tanto en tanto, fueron analizadas como nota erudita o aproximación historicista que aclararan todos los significados del legado literario que transformó Cervantes.

Una de las personalidades del siglo pasado que dedicó mayor esfuerzo por sistematizar estas obras fue Pascual de Gayangos, quien en el tomo cuadragésimo de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra consagrado a los *Libros de caballerías* redactó un “Discurso preliminar” que se convirtió en punto de partida ineludible para generaciones de lectores y estudiosos de nuestras letras, como, en general, ocurrió con muchos de los setenta y un volúmenes de la serie, aparecidos entre 1846 y 1889, cuyo objetivo era ofrecer un amplio abanico de la literatura española desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, según rezaba el subtítulo de la colección. En su realización participaron algunos de los investigadores más prestigiosos de la época, como Buenaventura Carlos Aribau, Juan Eugenio Hartzenbusch, Agustín Durán, Adolfo de Castro, Cayetano Rosell o el propio Gayangos, historiador y arabista que se encargó, además de este volumen, de las ediciones de *La gran conquista de Ultramar (de Alfonso X)* (tomo XLIV) y de la antología titulada *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* (tomo LI).<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Como señala Daniel Eisenberg, “cuando se formó la crítica literaria moderna, el respeto hacia Cervantes hizo que estas afirmaciones se tomasen como indicación de su verdadera opinión acerca de ellos, su índole y su público” (del prefacio a su edición del *Espejo de príncipes y caballeros*, de Diego Ortúñez de Calahorra, Madrid: Espasa-Calpe, 1975, vol. I, pág. 1X).

<sup>2</sup> Sobre la *Biblioteca de Autores Españoles* y la labor de nuestro estudioso puede consultarse Francisco López Estrada, “Pascual de Gayangos y la literatura medieval española”, *Alfinge*, 4 (1986), págs. 11-29, y Pedro Sainz Rodríguez, *Historia de la crítica literaria en España*, Madrid: Taurus, 1989, págs. 214-220, 335-336 y 348. Recordemos, por otra parte, que “the BAE edition was first published in 1857 and has been several times reprinted; it is not known what Gayangos intended to publish in the following volumes, which are implied by the ‘I’ found on the title page. It should be mentioned that it was Buenaventura Carlos Aribau who was originally charged with preparing a volume on romances of chivalry for the BAE; an introduction he wrote for it was published posthumously, in the *Revista Crítica de Historia y Literatura*, 4 (1899), 129-45” (D. Eisenberg, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark (Del.): Juan de la Cuesta, pág. 18, nota 27).

Gayangos apunta en su prólogo el interés del estudio de estos textos como parte integrante de una época que empieza a ser revalorizada: “desde que Cervantes, con su punzante sátira, aniquiló los *Libros de Caballerías*, desterrándolos del mundo literario, la opinión de la Europa culta en materias de literatura ha cambiado radicalmente; y los estudios de la edad media, entonces considerados como inútiles y aun perniciosos, obtienen hoy favor, y están, por decirlo así, a la orden del día”. No parece prudente que nos detengamos ahora en las razones que motivaron el interés que despertó el Medievo en las generaciones románticas, pues se trata de un arduo problema con no pocas ramificaciones.<sup>3</sup> En cualquier caso, resulta evidente que nuestro investigador se acoge a una justificación clara, con el objetivo de “averiguar cuál sea el origen de esas ficciones sorprendentes y maravillosas, de esos monstruos y dragones, de esos sabios encantadores y maléficas hadas, que constituyen, por decirlo así, la maquinaria de los libros de caballerías”.<sup>4</sup>

Esta justificación, por otra parte, es la misma que observamos en algunas polémicas literarias de la época, cuando, por ejemplo, Charles Nodier afirma en 1830 que es a la Edad Media

a quien debemos las novelas de caballerías, que son un especie de epopeya inominada, en la que se confunden en una armonía inexpresable todas las escenas de amor y de heroísmo (...). Si yo fuera capaz de sentir algún conato de odio contra Cervantes, le reprocharía quizás haber contribuido más que nadie a encantarlos con las deliciosas fantasías del talento de los siglos pasados, que quebró con tanta facilidad como Don Quijote las marionetas de Ginesillo.

En esta *discusión* también participaron autores españoles, como Ramón Mesonero Romanos o José María Blanco White, para quien

la afición de españoles a obras escritas en estilo oriental y llenas de ficciones de encantos y de seres sobrenaturales, abrió en mal hora la puerta a mil extravagancias en la multitud de libros de Caballerías. La inmortal obra de Cervantes hizo en breve que su nación diese en el extremo opuesto; y, de no gustar más que de hechicerías y vestigios, viniese a caer en un apatía de imaginación que no da ni admite una vislumbre del fuego que el clima y los árabes les comunicaron en otro tiempo. Yo confieso que, a pesar de mi admiración del *Quijote*, he tenido por muchos años la sospecha de que sus efectos morales y literarios no fueron favorables a la nación española.<sup>5</sup>

Aunque, como comprobaremos enseguida, se le puedan plantear numerosas objeciones hoy en día, el catálogo preparado por Gayangos se caracteriza por su enorme variedad y por una utilidad demostrada a lo largo de décadas -y no solo a partir de Menéndez

---

<sup>3</sup> Véase Victor Millet, “Literatura medieval y recepción romántica”, en Marisa Siguán Boehmer (coord.), *Romanticismo / Romanticismos*, Barcelona: PPU, 1989, págs 81-95.

<sup>4</sup> La primera edición del volumen es del año 1857. Sigo por la reimpresión de 1963 (Madrid: Atlas), pág. III.

<sup>5</sup> Véanse Charles Nodier, *Cuentos visionarios*, Madrid: Siruela, 1989, págs. 454-456; Ricardo Navas-Ruiz, *El Romanticismo español Documentos*, Salamanca: Anaya, 1971, pág. 263, para los comentarios de Mesonero Romanos, y José María Blanco White, *Antología*, ed. de Vicente Llorens, Barcelona: Labor, 1971, págs. 212-213.

Pelayo.<sup>6</sup> Se trata, en cualquier caso, del primer intento de configurar un *corpus* de obras dispares que pudo llevarse a cabo gracias al empeño, la sabiduría y los viajes al extranjero de su autor, que le permitieron conocer personalmente los fondos y los catálogos de numerosas bibliotecas, libreros y coleccionistas europeos, como demuestran sus referencias.

Gayangos divide la literatura caballeresca en tres ciclos: el *bretón*, el *carlovingio* y el *greco-asiático*. Los dos primeros son la más reducidos y los que menos le interesan, ya que tienen origen francés (se trata de los textos de procedencia artúrica y aquellos que remiten a las leyendas de Carlomagno). El tercero recibe tal nombre porque “los héroes fabulosos que le componen fueron principalmente emperadores de Constantinopla o reyes de Trapisonda (*Trebizonda*), Macedonia, Tesalia, Jerusalem y Arabia. (...) Esta denominación, pues, nos ha parecido la más propia y conveniente para abrazar y comprender, no solo las dos grandes familias de los *Amadis* y *Palmerines*, sino también la multitud, verdaderamente asombrosa, de libros caballerescos escritos a imitación de aquellos, y de los cuales formaremos en nuestro catálogo una sección aparte, con el título de *Libros de Caballerías independientes*”.<sup>7</sup> Será, lógicamente, en este grupo en el que se ubicarán sus comentarios sobre *Tirant lo Blanch*, primera obra analizada en esta subdivisión al considerarse la más antigua de todo ese cajón de sastre que reúne textos tan dispares como el *Cifar*, el *Palmerín de Oliva* o el *Caballero de la Cruz*.

Ya en el siglo XV se había impreso por dos veces, una en Valencia (1497), el célebre libro de *Tirant lo Blanch*, “tesoro de contento y mina de pasatiempos”, como la llamó Cervantes (parte I, cap. VI), escrito en tres partes y en lengua valenciana por Juan Martorell, caballero de dicha ciudad, y continuado después de su muerte por mosen Martín Juan de Galba, a instancias de la noble señora doña Isabel de Loriz. Martorell, que comenzó su obra en enero de 1460, y se la dedicó a don Fernando de Portugal, hijo del infante don Alfonso, primer duque de Braganza, de quien ya dijimos en otra parte haber sido muy aficionado a este género de lectura, declara haberle traducido, primero del inglés al portugués, por ruego de aquel príncipe, y después al valenciano par que sus paisanos pudieran disfrutarle. Por otra parte, también el continuador, Galba, dice haber traducido del portugués el libro cuarto, que él añadió como continuación de la obra, de donde el docto Clemencín creyó poder inferir que el *Tirante* existió íntegro en dicho idioma.<sup>8</sup> Mas prescindiendo de que ni del *Tirante* inglés ni del portugués han quedado más noticias que las que el mismo Martorell nos da en su prólogo, y sabida la invariable costumbre de los escritores de este género de libros, quienes sin excepción alguna, que sepamos, pretendieron siempre haber hallado sus originales en lengua caldea, griega, húngara e inglesa, no hay razón alguna para suponer que el escritor valenciano fuese más verídico en esta parte de lo que lo fueron el autor o refundidor del *Amadis de Gaula*, el de la continuación de *Tristan de Leonís*, el de *Oliveros* y *Artús*, y otros que le precedieron.

<sup>6</sup> Cfr. Juan Ignacio Ferreras, “La materia castellana en los libros de caballerías (hacia una nueva clasificación)”, en *Philologica Hispaniensia in Honorem Manuel Alvar: III Literatura*, Madrid: Gredos, 1986, págs. 121-141.

<sup>7</sup> Ed. cit., pág. XXI.

<sup>8</sup> “Véase su edición del *Quijote*, tomo I, pág. 133. Supone este apreciable crítico que Martorell debió ser algún caballero favorecido de don Fernando de Portugal, y que sabiendo la afición de este príncipe a las historias caballerescas, le quiso obsequiar con esta de *Tirante*, escrita a competencia del *Amadís*. Que Martorell habla en su prólogo de su estancia en Inglaterra, y de *adversidades de la fortuna* allí experimentadas, adversidades que pudieron ser ocasión del favor de aquel generoso príncipe. Hasta aquí nada hay que no sea verosímil; ‘pero, continúa el docto comentador, Martorell, en obsequio suyo, escribiría la obra en portugués.’ Esto es lo que se nos hace muy duro creer, a no presentarse otros argumentos en apoyo de la conjetura” (nota de P. de G.).

Como quiera que esto sea, el pasaje en que Cervantes habla de este notable libro está concebido en términos tan oscuros, que no puede saberse si efectivamente le elogia, o si quiere burlarse de él y de su autor, como lo hizo mas adelante del sardo Antonio de Lofrasso. Nosotros nos inclinamos a que su intención fue elogiarle,<sup>9</sup> fundándonos en las palabras “tesoro de contento y mina de pasatiempos”, con que ya antes le calificó, y en que, bien considerado su argumento, debió parecerle a Cervantes mucho más natural y plausible que el de los demás libros de caballerías, que con tanta gracia criticó. Los acontecimientos que en la obra se refieren nada tienen de sobrenaturales e imposibles; son pocos los magos y encantadores que en ella juegan; algunos de los caracteres están bien sostenidos y pintados de mano maestra, el plan de la historia bien dispuesto, y Tirante muere, el plan de la historia bien dispuesto, y Tirante muere al fin en su casa, haciendo testamento, y sin asistir, como el de Gaula, a las hazañas y proezas de sus rebiznietos.

A pesar de su volumen y tamaño, el tomo de *Tirant lo Blanch* se ha hecho excesivamente raro, no conociéndose en España más ejemplar que uno, y ese falto de hojas, que fue del marqués de Dos-Aguas y se conserva hoy en día en la biblioteca de la universidad de Valencia.<sup>10</sup> No lo es menos la versión castellana que, con el título de *Tirante el Blanco, de Roca Salada, caballero de la Garrotera*, hizo en 1511 un anónimo, e imprimió en Valladolid Diego Gumiel. Sobre ésta hizo su versión italiana, en 1538, Lelio Manfredi, y más tarde le publicó en francés el conde de Cailús; pero conviene advertir que el libro castellano no es versión fiel del valenciano, sino solamente un extracto mal hecho del libro de Martorell.<sup>11</sup>

A tenor de las informaciones brindadas, queda patente que Pascual de Gayangos adopta como punto de partida las notas de Diego Clemencín a su edición del *Quijote*: de hecho, los primeros comentarios que nos brinda sobre la autoría del *Tirant* resultan idénticos a los del erudito murciano.<sup>12</sup> Sin embargo, la postura de nuestro editor dista mucho de ser una simple recreación de las investigaciones ajenas, ya que enseguida observamos cómo se matizan o se discrepa abiertamente de los juicios críticos anteriores. Duda de la existencia de un original portugués y se acoge al *topos* de la traducción, tan estimado por

---

<sup>9</sup> “El señor Clemencín (tomo I, pág. 137) se inclina a creer lo contrario, pero respetando la opinión de tan insigne crítico, nos será permitido observar que a haber sido tal la opinión de Cervantes, el *Tirante* hubiera ido al corral, y de allí a la hoguera con sus demás compañeros. Con la simple supresión de la partícula negativa, *no*, el sentido del pasaje a que aludimos queda perfectamente inteligible” (nota de P. de G.).

<sup>10</sup> “El que Mendez describe en su *Typographia española* como perteneciente al conde de Saceda, y existente en su quinta y librería del Nuevo-Baztan, es el mismo que hoy en día se conserva y custodia como una alhaja de gran precio en la biblioteca del Museo Británico de Londres, donde hemos tenido ocasión de verle y leerle varias veces. Comprado en 1816, entre otros libros, a los herederos del Conde por un extranjero entendido en estas materias, fue llevado a Londres y vendido a mister Heber en trescientas libras esterlinas. A la muerte de éste lo compró el honorable mister Grenville, quien le legó al Museo Británico, con sus demás libros castellanos, franceses e italianos. Otro ejemplar hay en la Sapiencia de Roma” (nota de P. de G.).

<sup>11</sup> “De esta obra se vendió un ejemplar, en 1854, como procedente de la librería de lord Stuart de Rothesay, por mucho tiempo ministro de Inglaterra en la corte de Portugal; ejemplar que hemos tenido a la mano. Está falto de hojas al fin; pero su volumen podrá ser, a lo sumo, como dos terceras partes del original valenciano; es en folio, letra de Tortis, a dos columnas, y en la actualidad tiene 152 hojas y solos los tres primeros libros, al paso que el *Tirant* valenciano tiene 338 hojas” (nota de P. de G.).

<sup>12</sup> Véase la nota 34 de Clemencín al capítulo sexto de la primera parte del *Quijote* (Valencia: Alfredo Ortells, 1986, págs. 1073-1074).

los autores de la ficciones caballerescas;<sup>13</sup> valora positivamente la actitud de Cervantes hacia nuestra obra en ese pasaje que parte de la crítica ha considerado *el más oscuro* de la novela,<sup>14</sup> y observa la ausencia de detalles fantásticos e inverosímiles que distinguen al Tirant de la narrativa castellana.<sup>15</sup> Pero, además, nos encontramos con una nueva fase del conocimiento de la obra de Martorell, ya que, a diferencia de Clemencín —que no había podido consultar ni tan siquiera la traducción castellana de 1511, sino que solo conocía el texto a través de sus versiones italiana y francesa— confirma que ha tenido “ocasión de verle y leerle varias veces” en el Museo Británico, en una nota que parece la continuación implícita de otra del comentarista del *Quijote*, en torno al desahucio de las bibliotecas españolas.<sup>16</sup>

La ficha correspondiente al *Tirant lo Blanch* que Pascual de Gayangos nos brinda en su “Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año de 1800”, complementa algunas de las noticias brindadas a lo largo de su prólogo:

*Tirant lo Blanch. A honor lahor e gloria de nostre senyor Jesu christ e de la gloriosa sacratissima Maria mare sua senyora nostra. Comença la letra del present llibre appellat Tirant lo Blanch; dirigida per Mossen joanot Martorell, cavaller, al serenissim Princep don Ferrando de Portogal. Al fin: Azi feneix lo libre del valoros e strenu Cavaller Tirant lo Blanch Princep del Imperi grech de Contestinoble. Lo qual fon traduit de Angles en lengua Portuguesa e apres en volgar lengua valenciana per lo magnifich e virtuos cavaller mossen johannot martorell. Lo qual per mort sua non pogue acabar de traduir sino les tres parts. La quarta part que es la fin del libre es stada traduïda a pregaries de la noble Senyora Dona Isabel de Loriz per lo magnifich cavaller Mossen Marti johan de Galba: e si defalt hi sera trobat, vol sia atribuit a la sua ignorancia. Al qual nostre Senyor Jesu Crist per la su immensa bondat vulla donar en premi de sos treballs la gloria de paradís. E protesta que si en lo dit libre haura posades algunes coses que no seen catholiques que no les vol hauer dites, ans les remet a correccio de la sancta catholica Iglesia. Fon acabada de empremtar la present obra en la ciutat de Valencia a XX del mes de Nohembre del any de la nativitat de nostre Senyor deu Jesu Crist mil CCCCLXXXX” (1490).*

<sup>13</sup> Véase M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, “El tópic de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles”, en M<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca: Universidad, 1994, vol. I, págs. 541-548.

<sup>14</sup> Véase la nota 42 de Clemencín al mismo capítulo en la ed. cit., pág. 1075b. Sobre las opiniones en torno a este pasaje, D. Eisenberg, “Pero Pérez the Priest and his Comment on *Tirant lo Blanch*”, *Modern Language Notes*, 88 (1973), págs. 321-330.

<sup>15</sup> Martí de Riquer, *Història de la literatura catalana*, Barcelona: Ariel, 1964, vol. II, págs. 575-578, y también en *Caballeros andantes españoles*, Madrid: Espasa-Calpe, 1967, págs. 10-11.

<sup>16</sup> Para Clemencín, “la edición castellana de *Tirante* era ya rara desde antiguo. Ni don Nicolás Antonio ni su adicionador don Francisco Bayer, ni aun Pellicer mismo, según parece, aunque tan diligentes bibliográficos, vieron ningún ejemplar del *Tirante*. Todavía debió ser más raro en estos últimos tiempos, y aún dudo que haya quedado ninguno en España después que la curiosidad extranjera, o por mejor decir, la negligencia española nos privó estos años pasados de un ejemplar, que ya acaso era el único que quedaba en España. Yo no he logrado verlo, a pesar de mis diligencias, y sólo he tenido presente la versión italiana de la primera parte y la francesa del conde Cailús” (ed. cit., pág. 1073b, nota 34).

La anterior nota está tomada sobre el ejemplar mismo que describe Mendez (pág. 72) como propio del conde de Saceda, y hoy día se conserva en el Museo Británico de Londres. Es en folio menor, y no en 4º, como equivocadamente dice el docto agustino, y consta de 338 hojas útiles en todo. La universidad de Valencia y el colegio de la Sapiencia de Roma son, además de aquella, las únicas bibliotecas que le poseen.

*Libre apellat Tirant lo blanco, etc.* Al fin: “A honor y gloria de nostre senyor deu Jesu Crist: fon principiati a stampar lo present libre per mestre Pere Miquel Condam y es acabat per Diego de Gumiel castellá en la molt noble e insigne ciutat de Barcelona XVI de Setembre del any MCCCCXCVII” (1497) - Folio, letra de tortis, a dos columnas.

Así Brunet, tomo IV, pág. 485, sin citar ejemplar alguno de esta edición de Barcelona, lo cual no deja de ser extraño, conociéndose ya tres de la primera. También causa extrañeza el ver a Diego de Gumiel, que siete años antes imprimía en Valencia, estampar el mismo libro en Barcelona.

*Los cinco libros del esforçado e invencible cavallero Tirante el Blanco de Rocasalada, cauallero de la garrotera el qual por su alta caualleria alcanço á ser principe y cesar del imperio de Grecia.* Al fin: “Fue impreso el presente libro..... en la muy noble villa de Valladolid por Diego de Gumiel. acabóse á XXVIII dias de mayo del año MDXI” (1511). - Folio, letra de Tortis, a dos columnas.

Un ejemplar de este rarísimo libro se halla citado en el *Catálogo* Gaignat, y otro, falto de hojas, se vendió en Londres en 1854, procedente de la librería de lord Stuart de Rothesay.<sup>17</sup>

Como resulta notorio, por primera vez en su trayectoria, el *Tirant* salió de los restringidos círculos de los catálogos internacionales de bibliotecas o libreros y se integró en un volumen que, aunque de manera heterodoxa desde nuestra perspectiva, lo vinculaba a un ámbito literario algo más afín a su origen y que logró una enorme difusión. Evidentemente su inclusión tiene algo de elemento añadido, ajeno a un conjunto formado mayoritariamente por obras redactadas en español; sin embargo no debemos olvidar que, como muy bien se ha subrayado recientemente, para los lectores del siglo XVI (incluido Cervantes) los textos caballerescos se integraban en un ámbito común, con independencia de cual hubiera sido el idioma original en que hubieran sido escritos.<sup>18</sup> Las informaciones aportadas por Gayangos, más allá de sus limitaciones, resultarían de enorme utilidad para los estudiosos posteriores, aunque en la actualidad disponemos de nuevas fuentes de conocimiento sobre las tres ediciones señaladas.<sup>19</sup> Así, por ejemplo,

---

<sup>19</sup> En torno a las dos ediciones catalanas, véanse los análisis y comentarios de Albert G. Hauf en la introducción a su edición del *Tirant lo Blanch* (Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1990, págs. XIII-XXXII). Sobre Gumiel, véase mi comunicación titulada “¿Las desgracias de un editor? Diego de Gumiel, *Tirant lo Blanch* y *Tirante el Blanco*”, en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*, Lisboa: Cosmos, 1993, vol. IV. págs. 257-262.

<sup>17</sup> Ed. cit., pág. LXXVII.

<sup>18</sup> “Unos ochenta títulos comprende, entre obras manuscritas y libros editados, la imponente producción caballeresca del Siglo de Oro español. Ciertamente es que esta cantidad puede rebajarse, por ser dudosa la existencia de unos cuantos textos y variables los criterios escogidos para definir el género. Con todo, la cifra que de momento propongo aquí se limita a incluir, como solían hacerlo los lectores de la época, las novelas propiamente españolas, las catalanas, las portuguesas y también las adaptaciones de libros franceses e italianos” (Sylvia Roubaud, “Cervantes y el *Caballero de la Cruz*”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pág. 525).

Marcelino Menéndez pelayo, en sus *Orígenes de la novela* (1905-1914), recogió los comentarios de Clemencín y de Gayangos, y amplió algunos datos en la trayectoria de las ediciones del *Tirant*:

Es libro rarísimo, del cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Valencia y otro en el Museo Británico. Don José Salamanca poseyó otro precedente del colegio de la Sapiencia de Roma. Pero todavía es más rara la segunda edición de Barcelona, 1497, que puede verse descrita detalladamente en el tomo primero del *Ensayo* de Gallardo (núm. 1.218) con presencia del ejemplar que, procedente de la Biblioteca de Oporto, estuvo algún tiempo encuentra hoy. No menos peregrina es la traducción castellana impresa en Valencia [sic], 1511, por Diego Gumiel, de la cual he visto un solo ejemplar, que perteneció al Marqués de Casa-Mena y posee actualmente el bibliófilo barcelonés don Isidro Bonsoms. Otro ejemplar, falto de hojas, se vendió en Londres, en 1854, en la subasta de la librería de Lord Stuart de Rothsay, antiguo ministro de Inglaterra en Lisboa.<sup>20</sup>

Parece, por tanto, fuera de duda que las breves noticias de Pascual de Gayangos sobre el *Tirant lo Blanch* en los estudios introductorios del cuadragesimo volumen de la “Biblioteca de Autores Españoles” merecen mayor atención de la que se le ha dispensado hasta la fecha, ya que fueron un punto de referencia valioso que abrió las puertas a aquellos estudios y monografías que, como los de Bonsoms y Sicart, Bonilla y San Martín, Givanel Mas, Gutiérrez del Caño o Serís, empezaron a analizar la novela de Joanot Martorell, sus rasgos estilísticos, sus deudas literarias y su primera difusión impresa<sup>21</sup>, que sembraron las semillas críticas indispensables para que germinara un árbol que todavía nos está brindando nuevos e insospechados frutos.

---

<sup>20</sup> Santander: Aldus, 1943, págs. 394-395, nota 2.

<sup>21</sup> Véanse los comentarios de Adolfo Bonilla y San Martín, “Estudio crítico de la novela caballeresca *Tirant lo Blanch*”, en *Primer Congrés de la Llengua Catalana*, Barcelona, 1908; Isidro Bonsoms y Sicart, *La edición príncipe del “Tirant lo Blanch”, cotejo de los tres ejemplares impresos en Valencia en 1490*, Barcelona, Real Academia de Buenas Letras, 1908; Juan Givanel Mas, “Estudio crítico de la novela caballeresca *Tirant lo Blanch*”, en *Archivo de Investigaciones Históricas*, 1-2 (1911), págs. 213-248, 319-348, 392-445 y 477-513, y “Les edicions gòtiques del *Tirant lo Blanch* en la Biblioteca de Catalunya”, *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*, 3 (1916), págs. 58-72. M. Gutiérrez del Caño, “Ensayo bibliográfico sobre *Tirant lo Blanch*”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 37 (1917), págs. 239-269. Homero Serís, “La reaparición del *Tirant lo Blanch* de Barcelona de 1497: primera descripción bibliográfica completa”, en *Homenaje ofrecido a M. Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, vol. III, págs. 57-76.